

CUENTOS

LA CAJA MÁGICA¹

María Cristina Vega de Ciceri

Apenas tuve seguridad para movilizarme por mis propios medios, circunstancia que debió ocurrir hacia los dos años de edad, se despertó en mí una insaciable curiosidad. Lo primero que hice fue recorrer los senderos del jardín que quedaba en medio de mi casa, repleto de flores de jazmín, rosas, azucenas, malabares, cayenos y lirios, y esquivar las ramas ásperas de los pinos frondosos. En este ambiente natural, me familiaricé con orugas, mariposas, hormigas e insectos, y me conmoví con el vuelo frágil y la débil apariencia de los pichones al salir del nido.

Se me olvidaba contar que mi casa tenía un zaguán que daba a la calle por un enorme portón que permitía la entrada y salida de las bestias

hacia el amplio solar al extremo de la misma. Al comienzo, ese sitio estuvo vedado para mí, debido a los peligros que representaban las escaleras de piedra, los animales y el suelo en pendiente. Pero con la ayuda de mamá, de su mano inicié mi periplo en medio de una abundante vegetación enmarcada por cercas vecinales que ofrecían una relativa seguridad para mí. Con paciencia y mucho amor, mi madre me enseñó los nombres y así aprendí a reconocer las frutas del solar: las naranjas, las mandarinas, las guamas, los mamoncillos, las pitahayas, las guayabas, las papayas, los limones, las gulupas, los caimos, las curubas, los mameyes, las chirimoyas, las guanábanas, los zapotes, los mangos, los bananos, las piñas y otras más. Además de esta incipiente lección de botánica, mi madre me enseñó los peligros que encierran las ramas y las espinas, y de vez en cuando, me contó cuentos infantiles y me arrulló con canciones que jamás he vuelto a escuchar.

1. Mención especial en el XIII Concurso de Cuento Uniandino Ramón de Zubiría, 2008.



En un pueblo tan seguro entonces, las puertas permanecían abiertas y el paso de un vehículo era una verdadera novedad. De tal manera que después de haber reconocido el entorno familiar, me aventuré a recorrer el vecindario de la cuadra. En el vago recuerdo de mis primeros años, no identifico el momento preciso, pero sé que un día pasé la calle y entré en la primera casa que encontré con la puerta abierta. Por supuesto que sus moradores sabían quién era yo y por lo tanto, fui acogida con cariño y entusiasmo.

Había llegado al sitio preciso para mí. Era el taller de una bondadosa mujer multifacética que

elaboraba flores en miniatura y hacía preciosos ramos y adornos que exhibía en las vitrinas para vender. Fabricaba dulces de colores que empacaba en papel celofán y amarraba con una cinta, para que un joven montado en bicicleta saliera a venderlos por el pueblo. Al mismo tiempo, ejercía la enfermería, curaba heridas y aplicaba inyecciones. Pero lo más interesante y maravilloso, era su disposición y capacidad para enseñar. A su lado permanecían varias jóvenes que aprendían de la señora Lastenia, cómo aplicar inyecciones, poner vendajes, elaborar dulces y hacer primorosos arreglos con diminutas flores e insectos voladores.

La primera vez que llegué, alguien me alzó y me colocó sobre una de las vitrinas. Para picarme la lengua, me preguntaron mi nombre, el de mis padres y dónde vivía.

Fui objeto de toda suerte de atenciones; me tomaron en brazos, me dieron dulces y diminutas flores que emocionada llevé a mi casa después de esta inolvidable visita. Así comenzó para mí, una maravillosa aventura llena de magia, color e incertidumbre, porque bastaba con pasar la calle para encontrar un espacio encantado repleto de figuras, trozos de tela y de papel, recipientes humeantes, libélulas parpadeantes y flores multicolores.

Volví muchísimas veces más. Mi vida transcurría entre las actividades matinales que hacía en el solar de mi casa y las entretenidas tardes en el taller de la señora Lastenia. Como yo quería colaborar en todo y para que me estuviera quieta, me ponían a trabajar. Así, entre mis manos mantuve hacia abajo, flores y mariposas de tela o de papel recién teñidas, mientras se secaban. Otras veces, me daban un trozo de alambre para que le enrollara y pegara con engrudo, una tira de papel verde o café para formar el tallo de una flor o el cuerpo de un insecto. Doblé alambres, rasgué papel, esparcí engrudo y ayudé a devanar hilos y lanas; con el tiempo, me enseñaron a enhebrar agujas y pasar hilos en mallas. Trituré pequeños bloques de parafina, revolví tarros de agua con anilinas y mezclé amasijos de diversas texturas.

Cuando empacaban los dulces en el celofán, ponía uno de mis minúsculos dedos encima del primer nudo de la cinta, para que el lazo quedara seguro. Me enseñaron a usar las tijeras, cortando primero trozos de papel para mezclar

con engrudo y luego, tiras de papel crepé. Todo lo que yo hacía, era supervisado para evitarme un accidente, y nunca me pinché o me corté un dedo. Me mantuvieron alejada del instrumental de enfermería y de los reverberos cuando estaban prendidos. Por mi colaboración, siempre recibía dulces y sorbetes, y de vez en cuando, el modelo de una rosa en miniatura.

En alguna oportunidad, la señora Lastenia tomó mi manita, me enseñó a coger el lápiz y comencé a rayar papeles. Para esta nueva actividad, mi madre me regaló una vieja libreta de papá y en ella comencé a garrapatear trazos que fueron mejorando a medida que cogía el lápiz con mayor seguridad. Entusiasmada con mis logros, la señora Lastenia decidió ponerme tareas que consistían en planas de palotes, pequeños círculos y rayas verticales y horizontales. Cuando las hice correctamente, me confesó que me haría partícipe de un secreto y me iba a enseñar las vocales. Se situó tras de mí, tomó mi mano derecha con la suya, trazamos una pequeña raya vertical, le pusimos encima un punto y satisfecha me dijo que era la *i*. Convencida de la importancia de lo que había aprendido, salí corriendo a mi casa para mostrarle a mi familia, la *i* de la señora Lastenia. En esta forma y con su infinita paciencia para tolerar mi inquietud, esta maravillosa mujer me enseñó las vocales que siempre consideré de su propiedad. Mis padres jamás me aclararon esa pertenencia, todo lo contrario, todavía recuerdo la enternecedora forma como papá me pasaba una hoja de periódico y preguntaba: “¿Dónde están la *i* y la *o* de la señora Lastenia?”, mientras reía a la espera de mi respuesta.

Mi madre hizo lo que le correspondía. Me reforzó todas las actividades que hacía donde la señora Lastenia y en esta forma, además de las

vocales, identifiqué las consonantes, aprendí las combinaciones y leí demasiado pronto. En ese momento, mi padre consideró oportuno que yo comenzara a estudiar y así apareció en mi vida, la institutriz que se encargó de prepararme para entrar en el colegio.

Sin embargo, jamás se rompió mi nexo con la señora Lastenia. Seguí disfrutando de inolvidables horas a su lado y cada vez me impresionaban más, su maravillosa actividad manual y la paciencia para engomar telas, encrespar la parafina, signar pétalos, flores y hojas sobre papel, sacar moldes y cortarlos. Mojaba un palito con engrudo para unir las partes de papel, y mantenía agujas con hebras de colores que utilizaba para coser trozos de tela. Todo lo hacía con minuciosidad, exactitud y rapidez. Si notaba que una parte no había quedado bien encajada o no le daba campo a otra, desbarataba y comenzaba otra vez. Era una mujer de mediana edad, robusta y suaves modales, que se peinaba con una pequeña moña en la parte trasera y baja de la cabeza. Hablaba claro y suavemente para enseñar a sus alumnas, yo entre ellas.

Cuando mis padres me matricularon en un colegio de la capital, corrí a contarle la noticia y a despedirme. Me abrazó amorosamente, destacó lo inteligente que yo era y al mismo tiempo, me recomendó que fuera buena estudiante. Mis nuevas obligaciones escolares fueron desplazando mis experiencias infantiles en el taller de la señora Lastenia, de manera que el interés por las manualidades y la propiedad de las vocales cedieron el paso al estudio de la matemática, la geografía y las ciencias naturales.

Cuando volví a mi casa en las primeras vacaciones, quise correr a contarle a la señora

Lastenia todo lo que había aprendido. En ese momento, mi madre me informó que mi gran amiga se había ido del pueblo. No recuerdo haber llorado, pero sentí que había perdido algo de mi ser, una parte de mi vida... Nunca logré entender por qué no fui capaz de averiguar entonces, a dónde había viajado mi vieja amiga para poder enviarle una carta con una preciosa i hecha en letra palmer.

Mi vida continuó. Nunca supe cuándo, dónde ni cómo fue el final de la señora Lastenia. Sin embargo, jamás la borré de mi mente y ayer como hoy, repaso cada rincón de su taller que con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en mi depósito particular, de donde he sacado muchas de mis actitudes ante la vida. Me hizo fantásica e imaginativa; me fascina enseñar; detesto la violencia, adoro los cuentos de hadas, las historias de príncipes y castillos encantados; me conmueve el colorido de la vida marina y el esplendor multicolor de la naturaleza. Me embeleso ante las cajas de música y los ambientes que emiten iridiscencias y luces de colores. Me encantan todas las labores manuales: coser, bordar, pegar botones, anudar cuentas en hilos y tejer.

Cuando me casé, me ayudó para seleccionar los motivos que utilicé en las carpetas y manteles de mi hogar; cuando bordé las primeras camisitas de mis hijos, decoré sus cuartos y me senté con ellos, para enseñarles los primeros trazos, usar las tijeras, picar papel y hacer figuras. Además, siempre que organizo mi mesa en una ocasión especial, tengo la sensación de que todas las ideas que plasmo en ella, las estoy sacando de la caja mágica que compartí durante mi primeros años con la inolvidable señora Lastenia.

SIEMPRE QUISE

Para Libia, luz y camino

Fernando Soto Aparicio

1.-

Siempre quise tener una casa, para invitarte a que la llenáramos de amor.

Tendríamos nubes mullidas en la alcoba, cúmulos como mantas sin los jirones yertos de la lluvia, cirros en vez de sábanas, bordados con agujas de relámpagos, espadañas y juncos para tejer las carpetas de la mesa de centro,

y trigo nuevo sobre los tallos grises del mantel.

Pondríamos en el fuego agua venida desde lo alto y recogida en el cuenco de las manos,

y le sembraríamos albahaca y mejorana, papayuela y cidrón, grillos y mariposas, hierbabuena y poleo.

La ducha sería estrecha, para que nos bañáramos de mimos y nos enjabonáramos de abrazos,

y el patio estaría lleno de astromelias, y tendría un tronco muerto al que revivirían los jazmines y las flores de luz de la cananga.

Tal vez construiríamos un aljibe y lo dejaríamos abierto delante de la luna para que ella lo fuera llenando con sus peces de plata.

Y nos daríamos un beso justo donde terminan los linderos de la huerta, para que con esa semilla crecieran dos cerezos que escandalizaran el estío con sus besos de amor entre las hojas.

Y tendríamos un gato mimoso como tú, con su piel tan eléctrica como la tuya, con unos ojos inocentemente diabólicos como son tus miradas, con unas ganas de consentimiento iguales a las tuyas.

Siempre quise que los dos fuéramos una casa para sentirnos habitantes y habitados,

y que tú te asomaras por mis ventanas y mis claraboyas y yo entrara por tus celosías para que me abrazaras con tus corredores y yo te recorriera con mis pasamanos y mis escaleras,

y te guardara celoso en mis anaqueles y mis alacenas y te ocultara en los rincones de tinieblas y cal de mi buhardilla,

y sólo te dejara asomarte al exterior como una pequeña nube de humo por la boca sin dientes de la chimenea.

2.-

Siempre quise construirte un camino en donde tropezar fuera imposible,

y hacerte un puente sobre las angustias para que pudieras avanzar sin que sus olas te tocaran.

Y limpiar las tapias de zarzas y de abrojos, de cardos y de espinos, y pintarles solamente paisajes y horizontes, corocoras y tulipanes,

y colocar acequias y fontanas donde jugara el agua antes de que el calor se la llevara hacia la altura y acabara volviéndola llovizna.

Dibujar encima del sendero un sol que no se fuera por las noches,

y ponerle palmeras y abedules, adornarlo de pinos y arrayanes, delimitarlo con las voces de alondras y zagales,

y llevarlo a que bordeara las sementeras donde el maíz madura sus sonrisas de oro,

y conducirlo con sus pasos contados hasta las puertas francas de las casas campesinas, donde siempre hay una mano abierta y un fogón encendido.

Quise que los pájaros nunca se callaran en su empeño de hacer volar la música,

y que las madrugaras se multiplicaran para que amaneciera a todas horas,

y que un pintor loco de claridad trajera hasta ese cielo doble de tus manos las primicias del sol de los venados,

y que ese camino diera vueltas en torno de tu cuerpo, empezando en tus pies y terminando abrazado a tu sombra y embriagado de luz por que ibas a su lado,

y bordeando el éxtasis por el perfume que con tu piel habías ido inventando en las redomas locas del verano.

3.-

Siempre quise que tuviéramos un colegio, donde enseñaras a vivir la vida.

Aulas llenas de flores y de niños, de tiza y ruiseñores, de tableros tan grandes como las alboradas para escribir en ellos las palabras de bronce que dicen las campanas cuando tocan el ángelus.

Patios de sol por donde corrieran puntuales los recreos jugando al escondite y a la lleva,

pasadizos abiertos sobre la distancia para que los alumnos aprendieran a medir lo infinito de la patria,

porque el mundo es la patria primigenia y fraterna para todos los que vivimos simplemente esperando la muerte.

Espacios para pintar en el suelo mapas en los que se borrara la ofensa proterva y demencial de las fronteras,

constelaciones de palabras para formar un universo de cuentos y adivinanzas, de trabalenguas y poemas,

hojas a través de las cuales nos contemplan los árboles callados, sorprendidos de nuestra tozudez y de nuestra ignorancia,

manos que aprendan a hacer una caricia, a decir un vocablo de consuelo, a cosechar las manzanas y a sembrar el trigo,

músculos para los abrazos y los arados que escriben su tarea de fecundidad y de confianza,

cantos para el júbilo y para ponerle un collar de abalorios y luces de bengala a las tristezas.

Quise que de la mano de los niños volviéramos al territorio grato y a veces perdido de la infancia, que hiláramos algodón dulce para tejer después el arcoiris,

que viajáramos en barcos de papel al territorio donde los duendes van fabricando con hilachas de azúcar los deseos más simples,

que subiéramos por los gajos quebradizos de los papayos hasta tocar la cara de una estrella,

que nos llenáramos los bolsillos de multiplicaciones y de restas,

que les curáramos los huesos rotos a todas las operaciones de quebrados,

que aprendiéramos el arte de unir las divisiones, y que sumáramos ilusiones y caminos, asombros y presagios, aplausos y acertijos.

Que conjugáramos los verbos más alegres como vivir y amar, dibujar y reír, convivir y cantar,

que nos metiéramos en el tobogán de las páginas de un libro y viajáramos por ellas a las épocas más remotas de la historia y a las edades que ni siquiera hemos imaginado,

y que saliéramos por las tardes con la ilusión de regresar al otro día con los pasos musicales del alba, repitiendo las estrofas que cantan paralelos los azadones y los surcos.

4.-

Siempre quise poderte dar un mundo en donde no crecieran los cardos del rencor y la envidia,

un lugar en donde todas las razas y las tribus fueran una sola familia que se amara,

y en donde las manos estuvieran abiertas para el trabajo y la caricia, y no crispadas por los puñetazos y la guerra.

Un sitio en donde nos sintiéramos seguros, como en un nido tejido con hilos de comprensión y de fraternidad,

y en donde cerráramos los ojos para soñar y no por el impacto de un disparo.

Un mundo en donde el hombre no se hubiese desvelado, construyendo la sed y los desiertos, sino que fabricara cometas y ringletes, trapecios y libélulas,

y en donde los ríos fueran venas tumultuosas y vivas sin los trombos de los desperdicios y la muerte, y que se dedicaran a copiar la madrugada en sus espejos aún sabiendo que andaba por el otro lado del Planeta,

y en donde cada árbol tuviera en los brazos abiertos los pequeños albergues de los nidos a donde fueran llegando con las primeras sombras, corazones de plumas para escampar la noche.

Que ese mundo no se dividiera en parcelas de egoísmo sino que se ampliara como una sementera donde sembrar futuro,

y que los países derrumbaran sus murallas levantadas sobre cimientos de odio para que cada cual pase por donde quiera, porque el camino es propiedad de todos.

Y que aunque haya muchos dialectos, aprendamos a hablar un solo idioma, el de los abrazos, el de la generosidad, el de la entrega,

y que estemos siempre abiertos para darnos y para recibir a quienes se nos dan a fin de que avancemos unidos en un canto,

en levantar los niños que el viento de la barbarie ha truncado como los tallos frescos de una nueva siembra,

y regarlos de un llanto jubiloso que fertilice el surco donde empiezan a crecer para reemplazarnos en el ejercicio fulgurante y extraño de la vida.

5.-

Siempre quise que los dos tuviéramos una casa sin talanqueras ni muros, sino abierta a los

soles y a los vientos como un árbol parado en la mitad de agosto.

Una casa para llenarla con todas las voces y todas las miradas, con los golpes de tiempo que empujan la sangre de luz del universo.

Una casa que fuera como un faro que alumbrara con sus palpitaciones los acantilados y las bahías y los fiordos que aún no hemos recorrido, y por los que andan sin que sepamos dónde nuestros últimos sueños.

Siempre quise darte una casa en la que pudiéramos llenar de amor todos los cuartos, almacenar trigo rubio de amor, corozos con el amor por dentro, semillas de amor y harina molida de todos los amores,

y repartir amor como el día reparte claridad abriendo las ventanas del canto de los pájaros.

Y recibir en ella a los desplazados de la felicidad para curarles las heridas,

devolverles al campesino su azadón y su lluvia y al enamorado su guitarra y su copla, regresarle a la mujer su leche y su ternura, darle al fogón sus leños y su brasa, y a los niños el aro con el cual confirman la redondez de la Tierra, y donarles a los mudos el esplendor de la palabra y a los ciegos el tacto para sentir llegar la madrugada.

Fundar en esa casa, una nación sin fronteras, sin paredones ni fusiles, sin horcas ni cuchillos, sin cárceles, alambradas ni torturas, sin espinas ni bombas, de esas bombas cobardes que se tapan con tierra para estallar como maldiciones entre los labios secos de la muerte.

Un mundo de naranjas y mortuños, de besos y duraznos, de alisos y renglones, de miosótis y acequias,

un mundo claro como la risa con la cual los niños nos confirman su asombro y nos regresan a la época cuando los asombrados éramos nosotros.

Y tal vez, los dos podamos construir esa casa, levantarla con un sudor alegre, con un esfuerzo grato,

y situarla en el centro del alma como un punto de encuentro,

y dejarla sin puertas para que en ella entren como les vaya provocando los caminos y los caminos,

para que los amaneceres lleguen con todo el bullicio de sus arroyos y sus campanas, de sus rentales y sus pastores y sus arrendajos y llenen de domingo cada peldaño de las escaleras,

y para que las manos repiquen cuando choquen con otras con el tintineo de la amistad,

y los hombres despejen horizontes y paisajes por donde anden volando las cometas que nacen de los dedos de los niños y se sostienen en el aire con una cuerda viva,

y las mujeres les presten la tersura de su piel a los mangos y a los crepúsculos, a las cerezas y a los resplandores,

y los viejos encuentren sin dificultad y sin miedo, los senderos que llevan al territorio grato de la muerte, esa señora gris y melancólica que vive apagando con su soplo de siglos las velas de colores y fragancias que la vida sin importarle nada va encendiendo.

Este amor que los dos nos encontramos en un octubre de sonetos y campanas, de bohemios y poetas, como el mejor regalo de la vida,

nos acompañará, diciendo los poemas que el amor ha dictado desde antes de que los seres encontraran las tablillas y los papiros y los alfabetos,

y alumbrará la casa y la buhardilla donde siguen vigentes los recuerdos, y la biblioteca interminable donde cultivaremos el milagro sin fin de la memoria.

Y podremos compartirlo con todos los que vengan para ayudarnos a construir esta casa del mundo,

que -como te escribí cuando nos conocimos- permanecerá lo mismo que mi otoño bajo el sol cenital de tus banderas.

IN MEMORIAM

Víctor Rodríguez Egea

Ya no volverá a sentarse en la mecedora al filo de la tarde en la puerta de su casa. Sus ojos cansados ya no escudriñarán la copa de los polvorientos árboles para predecir viento o lluvia. Tampoco hablará de su gran pasión: los gallos de pelea. Ahora en esta ciudad fría, distante y lejana lo recuerdo como si fuera ayer en su pueblo de clima ardiente, contando sus aventuras y andares cuando el sol demolía tierra, vegetación, animales y seres humanos. En este preciso momento, en que su cuerpo lo conducen al pequeño cementerio de ese pueblo perdido en un punto de la costa atlántica, llega nítida su imagen de anciano que vivió su juventud y parte de su madurez como el hombre típico de mi región: entre alegres parrandas y entre varios amores.

Ahora, cuando quizás sus amigos y familiares le brindan el último adiós allá en la lejanía, aquí, a mi mente llega la incontenible oleada de recuerdos: su esperanza inquebrantable en los juegos de azar, la incesante búsqueda de indicios en los sueños y en acontecimientos cotidianos que revelaran al menos uno de los números de las tantas loterías que a diario juegan en el litoral Caribe.

También recuerdo su prolífica descendencia, la cual, entre hijos y nietos pasan de la centena. Su apellido lo lleva una gran parte de los habitantes de ese pequeño caserío de calles anchas y polvorientas anclado a la orilla de una ciénega. Caserío que además, como la historia de su vida, es el relato de una fortuna despilfarrada. Algunos de sus hijos disfrutaron de las desaforadas parrandas y eternas peleas de gallos. Otros de sus descendientes, al contrario, llegaron tarde al reparto, y sólo

les tocó conformarse con la historia narrada por otros viejos o por usted mismo.

Pero la vida no es una constante de felicidad. Cuando usted percibió que el patrimonio familiar decrecía aceleradamente. Empezó con actitudes y cambios de comportamiento a construir su pequeño infierno de soledad y marginamiento. Su vida azotada por varias enfermedades empezó a derrumbarse, al igual que la enorme casa donde vivió y creció una parte de su copiosa prole. Casa privilegiada en ubicación, ya que desde su patio se puede apreciar la irregular plaza del pueblo y la iglesia de dos torres cuya puerta principal mira hacía una de las entradas del corregimiento.

La última vez que lo vi, sin pretender ofender a nadie ni mucho menos a usted, lo comparé con la vivienda donde pasó el resto de sus días en una soledad casi absoluta. Igual que su vivienda, usted se desmoronaba a pedazos. Quizás sus descendientes directos por la percepción diaria de ese orden de cosas, no querían o no se daban cuenta que en ese instante más que nunca, tanto la casa como su alma debían reconstruirse; la primera, con materiales de construcción; y la segunda, con paladas de afecto y comprensión.

No pude asistir su sepelio por fuerza mayor. Sé que mucha gente no lo entenderá así. Pensarán que nuestra amistad se fundamentaba en una base frágil. Pero usted más que nadie sabe que no es así. Por eso, desde esta lejanía le envió de todo corazón mi más sincera despedida y déjeme recordarlo una vez más, no como lo había visto la

última vez, desprendido de su cuidado personal, sin su pelo y bigote tinturado y con su sombrero un poco raído por el uso, sino como aquel hombre que se presentó como mi suegro un lejano diciembre de 1987, aferrado a la madurez y llevando a cabo una dura lucha contra las canas y otros signos que evidenciaran la vejez.

No lo puedo evitar que lluevan los recuerdos. También llega a mi mente, el cariño que le prodigó a mi primer hijo en calidad de abuelo, al grado tal, que le volvió a renacer el espíritu de la paternidad. Prueba fehaciente de ese cariño lo expresaron sus lágrimas cuando tuvimos que partir de allá en búsqueda de mejores horizontes, después de dos largos años de convivencia.

Lo veo también arreglando motores, huella de su otra pasión: los carros. Lo miro explicando como aprendió mecánica a fuerza de disgustos y el placer experimentado al descomponer cualquier artefacto eléctrico y volver a reconstruirlo. Llegan a mi cerebro saturado, sus cuentos tan exagerados que al desbordar la realidad se situaban más próximo a la fantasía, pero a la vez se confundían con la realidad, porque allá esta última se confunde muchas veces con la ficción.

Ya anochece aquí e imagino que allá también. Pienso en el llanto de su hija al partir para acompañarlo a su última morada. Pienso y me preparo para soportar mi dolor, cuando llegue el día de despedir a los míos, viejos que también están en la lejanía y tienen su propia historia, historia que al llegar a su fin, llenará mi mente de recuerdos y mis ojos de lágrimas.

Bogotá, 29 de junio de 2000.

III SECCIÓN

ARTÍCULOS DE REFLEXIÓN

